



VOL: AÑO 7, NUMERO 19

FECHA: MAYO-AGOSTO 1992

TEMA: DEMOCRACIA Y NEOLIBERALISMO: Perspectivas desde América Latina

TITULO: **Liberalismo versus Paraguay**

AUTOR: *Gregorio Selser* [*]

SECCION: Artículos

RESUMEN:

El presente ensayo muestra cómo históricamente se confrontan dos proyectos económicos, políticos y sociales tomando como referencia el caso de Paraguay. Uno de los proyectos de carácter nacional y nacionalista, montado sobre la autarquía; y el otro, liberal, sobre la apertura explicada a partir de la libertad económica y la igualdad jurídica. Así el liberalismo enfrenta a Paraguay como Estado-nación autónomo fundado en un proyecto de modernización económica y proteccionismo.

ABSTRACT:

Liberalism versus Paraguay.

The present work exposes how two economical, politics and social projects are historically confrontated, taking as a reference the case of Paraguay. One of the projects is of nationalist and national feature, stated on the autarchy, and the other, the liberal one, on the aperture, explained from the economical liberty and the juridical equality. The Liberalism affronts Paraguay so, as an autonomous state-nation funded in a project of economical modernization and protectionism.

TEXTO

Hubo un tiempo en que Paraguay fue visto como uno de los países de mayor progreso económico en América Latina. Y lo fue en gran medida en comparación con muchos otros de la región, al menos hasta que la guerra de la Triple Alianza -la coalición de Brasil, Argentina y Uruguay- fomentada sobre todo por Gran Bretaña, echó por tierra su proceso de crecimiento y desarrollo autodependiente y, a partir de 1870 en que la tremenda conflagración concluyó, se canceló aquel proceso sostenido de independencia y autodeterminación.

Desde su independencia de España en 1811, la economía de Paraguay se había basado en la producción primaria, con una importante incidencia del subsector agrícola. Fue José Gaspar Rodríguez de Francia, quien merced a su poderosa personalidad imprimió un sello distintivo a ese curso inicial dentro del cual se conforma el Estado nacional. Vocal de la Junta Superior Gubernativa de 1811 a 1812, y cónsul alternativamente con Fulgencio Yegros de 1813 a 1814, ocupó el poder como dictador temporal desde 1814 hasta 1816, y a partir de este año permaneció con carácter vitalicio hasta su muerte, en 1840. Ni sus críticos más acerbos le niegan los logros y avances que obtuvo en economía, al tiempo que le reprochan el aislacionismo al que confinó a su patria y el rigor y hasta la crueldad de su dictadura.

De acuerdo con Aníbal Miranda, lo de "Estado nacional" corresponde a un sistema autosuficiente y cerrado calificado por algunos autores como "socialismo de Estado", denominación que -agrega- "Si es correcta en cuanto que los medios de producción eran del dominio público", resulta "inadecuada en lo referente a la gestión y participación de la población en las decisiones políticas nacionales", por lo que opta por el calificativo de "dictadura popular" (Miranda, A., 1979:103-104).

La conformación mediterránea de la nación, sus ingredientes étnicos básicos hispano-guaraníes, su aislamiento respecto de los centros de poder virreinal y el sentimiento comunero procedente de la Colonia perfilaron la autonomía de sus instituciones políticas y sociales. A partir de su primer vagido independentista, Paraguay debió enfrentar las invasiones de los bandeirantes portugueses y defenderse de los intentos de agresión de la nación argentina, que a su vez había dado su primer grito de libertad en mayo de 1810. Paraguay, que era parte del Virreinato del Río de la Plata y Buenos Aires, el centro de la posesión, procuró durante algunos años mantener los límites originales de la posesión española. Fue precisamente el doctor Francia uno de los que más perseveraron en ese intento, finalmente logrado. Observa Miranda:

Gobierno austero y en extremo rígido, población no expuesta a los rigores de las luchas que dividían a las naciones del Río de la Plata, escaso contacto con el exterior una vez clausurados al tráfico de carga y pasajeros los principales pasos de frontera, salvo excepciones, ruptura de la estratificación social al ser apropiadas las grandes fincas privadas y al limitarse el poder de los comerciantes, así fue evolucionando y alejándose Paraguay de las corrientes políticas-económicas (e ideológicas) que tomaban cuerpo en los países vecinos. Si bien la formación del Estado se hizo posible en base a tales medidas de una manera rápida e incruenta casi, ellas tuvieron como contrapartida la falta de preparación cívica y formación educativa de la población (Miranda, A., 1979:103-104).

Hay otro factor que debe ser tenido en cuenta:

A diferencia del resto de la América Latina, la estructura económica fue impuesta por las misiones de los jesuitas. Los eclesiásticos de esta orden lograron establecer durante los siglos XVII y XVIII su hegemonía casi completa sobre toda la producción agropecuaria y el comercio de la región, en virtud de los sistemas de trabajo implantados y de los favores recibidos del Estado colonial. Gracias a estas circunstancias favorables lograron extender increíblemente su poderío económico. De esta manera, la orden de los jesuitas acumuló extraordinarias riquezas, derivadas, en lo fundamental, del monopolio de las exportaciones de la región y de la explotación desmesurada de los indígenas (Guerra Vilaboy, 1984:34).

Después de la expulsión de los jesuitas de los dominios ibéricos, en 1767, los latifundistas criollos aparecieron como sus inevitables herederos, fortaleciéndose paulatinamente como clase social y haciéndose cargo de su papel destacado en la economía interna y para su usufructo externo. Poseían pequeñas propiedades o chacras que fueron el germen de la burguesía comercial monopólica, en su mayoría de origen español. Había también grandes hacendados. Los principales rubros de producción eran el tabaco, la yerba mate y los cueros. Los pequeños propietarios rurales, los campesinos, los peones agrícolas, los artesanos, los comerciantes al menudeo y algunos sacerdotes populares iban a constituir la base de apoyo del dictador Francia.

Cuando Napoleón abrió la caja de Pandora en sus juegos con la monarquía española a la que nunca dejó de despreciar y utilizar, toda Iberoamérica estalló. Graduado como doctor en teología y más tarde abogado, el doctor Francia fue designado para representar al

virreinato ante las Cortes de España en 1809. Ya planteada la separación a raíz de los descalabros de Felipe VII en el Congreso de Vecinos de Asunción del Paraguay, que comenzó a deliberar a fines de julio de 1810, Rodríguez de Francia expuso esta tesis a modo de alegato patriótico y político:

Esta asamblea no perderá su tiempo debatiendo si el cobarde padre o el apocado hijo es rey de España. Cada uno de ellos ha abdicado dos veces. Los dos han demostrado su débil espíritu y desleal corazón. Mas sea o no rey de España el uno o el otro, ¿qué nos importa a nosotros? Ninguno de ellos es ya rey del Paraguay. El Paraguay no es patrimonio de España, ni provincia de Buenos Aires. El Paraguay es independiente y es República. La única cuestión que debe discutirse en esta asamblea y decidirse por mayoría de votos es cómo debemos defender y mantener nuestra independencia contra España, contra Lima, contra Buenos Aires y contra Brasil; cómo debemos mantener la paz interna; cómo debemos fomentar la pública prosperidad y el bienestar de todos los habitantes del Paraguay (Bray, A., 1943:31-32).

En rigor, ésta iba a ser la pauta que prevalecería al menos hasta la Guerra de la Triple Alianza, décadas más tarde; ya del todo independizado Paraguay, sus principales adversarios, rivales o enemigos, según los casos, serían permanentemente Brasil y Argentina, en tanto Francia enclaustraba a su patria y trataba de hacerla progresar. Laicizó al Estado, expropió a las órdenes religiosas y a todas las propiedades eclesiales, convirtió en propietarios libres a los campesinos arrendatarios de la Iglesia, eliminó el diezmo y además los últimos vestigios del Tribunal de la Inquisición. En 1816 cerró el puerto fluvial del Pilar a todo intercambio con la vecina provincia de Corrientes -Argentina- y en 1818 hizo lo propio con el puerto de Itapúa, frontera con Brasil:

La República del Paraguay quedaría entonces virtualmente aislada del exterior, por la hostilidad creciente de las regiones vecinas. De inmediato comenzaron a producirse los complots porteñistas y reaccionarios, en los cuales se hallaban también envueltos muchos realistas. Los conspiradores tenían contactos secretos con los demás caudillos terratenientes del Río de la Plata. El doctor Francia, por el contrario, como reconoce un historiador liberal, "se apoyó principalmente en las clases populares. Su dictadura tuvo la resistencia de la mayor parte de los hombres ilustrados" (Pastor Benítez, 1937:107) [...] La incipiente pequeña burguesía rural y las clases trabajadoras sólo podían mantener el poder político si reprimían fuertemente a los antiguos explotadores, mediante la dictadura revolucionaria. Ella se encargó de golpear a todos los enemigos internos de la verdadera independencia y de cambios profundos en el régimen socioeconómico. Fue este período de "terror jacobino" el que suministró a la historiografía burguesa el material para desprestigiar la lucha revolucionaria del pueblo paraguayo, y le endosó al doctor Francia los más ruines calificativos (Guerra Vilaboy, 1984:67-68).

Con los criterios de hoy, cabría incluir al "Dictador Supremo" en la grey de gobernantes "populistas" y destacar sobre todo su orientación "nacionalista". Debió enfrentar no sólo a la oligarquía aliada a los "porteñistas", sino además la abierta hostilidad foránea que pretendía abrir las fronteras paraguayas al "libre comercio" en tiempos en que la penetración británica se intensificaba por doquier en el continente. Afortunadamente para él, la anarquía imperante en la ya independizada -9 de julio de 1816- Confederación Argentina, jugó a favor suyo, ya que Paraguay se mantuvo al margen de esas luchas intestinas, al tiempo que se mantenía económicamente aislado, desarrollaba su propia industria artesanal, diversificaba la agricultura e intensificaba los cultivos destinados al consumo de la población.

Independizado Brasil de Portugal en septiembre de 1822, al año siguiente Paraguay dispuso la reapertura del puerto de Itapúa como única salida y entrada de todo el

intercambio exterior bajo estricto control estatal. En los años posteriores de la dictadura se autorizará igualmente el tráfico con Montevideo, Uruguay, pero no lo habrá con Buenos Aires. La mayor parte de las transacciones con el exterior se realizarán mediante el simple trueque:

Después de su aislamiento, el Paraguay quedó tributario de las regiones vecinas en cereales y algodón. Fue dada una orden a los propietarios para afectar una parte de sus tierras de cultivo de dichos productos y pronto pudo el país, no sólo prescindir de sus vecinos, sino exportar una parte considerable de estas materias. Si el doctor Francia no hubiera conseguido aislar al Paraguay, sin duda alguna que este hermoso país sería hoy un miserable anexo de las miserables provincias argentinas. Cualquier día, cuando los republicanos necesitados y hambrientos de estas provincias se arrojen sobre la presa que ellos desean desde hace tiempo, los paraguayos añorarán el yugo que les había preservado de la anarquía política y de los males que son inevitables consecuencias de ello. [1]

Desde 1828 una ley hizo obligatoria la enseñanza primaria hasta los catorce años. Un censo de población realizado en 1830 indicó que había 375,000 habitantes -sin los indígenas del Chaco-, número que al morir Francia, el 20 de septiembre de 1840, se estimaba en 500,000. Por su defensa de la soberanía nacional, el Dictador Supremo fue acusado de xenofobia, y se le imputó el rechazo a la "entrada libre" de manufacturas extranjeras. Pero ello le hizo posible expulsar del poder a la oligarquía exportadora criolla y a la burocracia peninsular -lo mismo que hizo México con la burocracia ibérica y gran parte de los comerciantes "godos" o "gachupines" al independizarse-, establecer un férreo control estatal sobre el comercio y la economía, impedir la libre penetración del capital y las manufacturas extranjeras y desarrollar una economía floreciente, relativamente autárquica.

Las definiciones o caracterizaciones del régimen del doctor Francia varían según los politólogos e historiadores. Para el alemán Manfred Kossok, "La dictadura personal de Francia encarnaba un régimen autoritario de carácter revolucionario cuya estructura socioeconómica y política se sometía totalmente al objetivo principal, que era la defensa consecuente de la independencia y cuya base social la constituían las capas campesinas y pequeño-burguesas"; en síntesis era el ejercicio del "jacobinismo para el pueblo". Para Agustín Cueva, el de Francia era un "atenuado régimen feudal-patriarcal" (Cueva, A. 1977:20) en tanto que un profesor estadounidense lo define como un "socialismo estatal primitivo" (Raine Philip, 1965). Guerra Vilaboy expresa que en Paraguay "el Estado se formó sobre la base de absorber la dirección de la economía -junto con la adopción de formas paternalistas de gestión- para impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas y de nuevas relaciones de producción", y que ello "echó los cimientos para el crecimiento ulterior -en la década de 1850- de una especie prematura de capitalismo estatal" (Guerra Vilaboy, 1984:90). Por último, para el profesor soviético M. S. Alperovich:

Al representar el doctor Francia la corriente radical dentro del movimiento libertador de la América hispana, avanzó más que otros revolucionarios de entonces cuando realizó su tarea histórica. Bajo su dirección Paraguay no sólo conquistó y defendió su independencia nacional, sino que logró además un sensible progreso. Fue el único país de América Latina donde se produjeron serios avances socioeconómicos. La injerencia del Estado en la vida económica, sin haber eliminado la propiedad privada, las contradicciones clasistas y la explotación, fue una manifestación sui generis de la tendencia hacia el estatismo (Alperovich. 1975 cap. VII).

La larga dictadura de Francia, que concluyó con su muerte, se prolongó con sus sucesores, aunque con otras formas y modalidades. La defensa de la soberanía y la autarquía nacionales siguieron siendo puntos torales del sistema.

Los López

Poco antes de morir, Francia había vaticinado: "No tengo que hacer disposiciones. Mis herederos son mis soldados". Y, en efecto, los oficiales del ejército establecieron una Junta de Gobierno Provisoria, hasta que los sargentos Duré y Ocampos la derrocaron el 22 de enero de 1841. Posteriormente el comandante Mariano Roque Alonso los desplazó el 9 de febrero, para a su vez convocar el 12 de marzo a una asamblea de 500 personas, en la que se decidió reimplantar -por el término de tres años- el sistema Consulado, que había funcionado en 1813. Los designados fueron el propio Alonso y un desconocido abogado, Carlos Antonio López, graduado en filosofía y teología.

Con López se inicia una cierta liberalización acompañada de la restricción del poderío estatal y la apertura de Paraguay hacia el exterior. También se adoptan reformas a la recaudación tributaria, nuevo reglamento de aduanas y el restablecimiento del comercio con la vecina provincia Argentina de Corrientes, lo que implicaba abrir los ríos a la libre navegación y, al propio tiempo, contrariar las miras del gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, que defendía los intereses exclusivistas del privilegiado puerto. Aunque en su turno Rosas había hecho frente a guerras no declaradas de los imperios francés e inglés, a propósito de la apertura de los ríos interiores y por el dominio de los intereses colonialistas respectivos, seguía la vieja política porteña de no reconocer la independencia de Paraguay.

El 25 de noviembre de 1842 se reunió en Asunción el Congreso Nacional para reafirmar la soberanía, y el 25 de diciembre se procedió a jurar la independencia del país, ratificando la declaración de octubre de 1813. El documento fue enviado a los principales gobiernos extranjeros para obtener el reconocimiento de la república. El primer país en reconocerla fue Bolivia y a continuación el Imperio Brasileño. En marzo de 1844, una nueva Asamblea Nacional abolía el Consulado y lo reemplazaba con la función presidencial de seis años de duración, que ponía en manos de Carlos Antonio López.

Este mismo año se produce el primer enfrentamiento serio entre los gobiernos de López y Rosas. Este último había escrito una carta en la que amenazaba con invadir Paraguay, a raíz del acuerdo de López con la provincia de Corrientes, opuesta al gobierno federal bonaerense. La carta se hizo pública y suscitó aprestos militares en Asunción. En agosto de 1844 Rosas prohibió cualquier tipo de navegación por el río Paraná a los barcos paraguayos. El 11 de noviembre de 1845 López se alió al gobierno unitario de Corrientes y otras fuerzas antiporteñas y la amenaza de la guerra se hizo manifiesta.

En esas circunstancias ingresa ese mismo mes a Paraguay el special agent de Estados Unidos, Edward Augustus Hopkins, quien con el pretexto de una mediación entre los conflictuados gobiernos pretendía iniciar la penetración comercial estadounidense para adelantarse a la británica. El presidente James K. Polk le había asignado la misión de obtener un tratado comercial bilateral con Paraguay, el establecimiento de relaciones pacíficas entre Asunción y Buenos Aires y un estudio sobre las potencialidades comerciales del "misterioso" país mediterráneo sudamericano. Algo se sabía en Washington gracias a los informes de sus diplomáticos en Buenos Aires y Río de Janeiro. Uno de ellos, William Brent Jr., encargado de negocios en Buenos Aires, formuló por primera vez el plan de apoyar a Rosas con el fin de contrarrestar la influencia inglesa; de lo contrario -decía- todo el Río del Plata "caería completamente bajo el desgobierno y la tiranía británicas, sin una sola excepción". De ahí que fuese deseable la mediación

amistosa de Estados Unidos. El proyecto del encargado de negocios Brent fue auspiciado por el secretario de Estado James Buchanan, cuando declaró que Paraguay:

Hasta el presente no ha recibido del Gobierno de los Estados Unidos toda la atención que exige su importancia. Debemos empeñarnos con vigor y actividad en reparar lo que pudiéramos haber perdido con la demora. Además, se debe asegurar a las autoridades del Paraguay que el gobierno de Estados Unidos, si ello fuere necesario, interpondrá sus buenos oficios ante el de Buenos Aires para inducir a éste a abrir el gran río al comercio de las demás naciones. (Ynsfran, 1954:43-44)

Sin embargo, la misión de Hopkins fracasó tanto en la mediación que se proponía, como en obtener para una compañía estadounidense la concesión exclusiva de la navegación a vapor por los ríos paraguayos. Por otra parte, en virtud de su acuerdo en Corrientes, López declaró la guerra a Rosas en diciembre de 1845 y puso sus tropas a las órdenes del general argentino antirrosista José María Paz. Antes de que transcurriera un año, empero, en agosto de 1846, Corrientes -y por lo tanto Paraguay- firmaría con Buenos Aires el tratado de paz de Alcaraz.

Importa dedicar algún espacio más a las pujas entre Asunción y Buenos Aires, así como a las de los gobiernos de éstas en relación con Inglaterra -y también Francia-, por lo que servirán de lejanos antecedentes de la Guerra de la Triple Alianza. Relata Guerra Vilaboy:

Por entonces Inglaterra había logrado consolidar importantes posiciones en su ofensiva comercial y financiera sobre la América del Sur, iniciada desde el momento en que los empréstitos británicos endeudaron a las nacientes repúblicas prácticamente antes de alcanzar su independencia. Entre 1830 y 1850 Francia e Inglaterra mantuvieron bloqueado el puerto de Buenos Aires para tratar de doblegar al Gobierno porteño, que impedía la libre navegación por los ríos interiores del Plata. Rosas defendía con esa actitud intransigente sus intereses personales y el de los grandes estancieros porteños. La política del caudillo bonaerense obstaculizaba la penetración de los mercados sudamericanos por las manufacturas de las potencias industriales, pero al mismo tiempo impedía el comercio exterior de las provincias interiores y del litoral del Paraná, así como el de la República del Paraguay. Por esa razón el Gobierno de Rosas se había convertido en el eje fundamental sobre el que giraban las contradicciones entre unitarios y federales, detrás de los cuales se escondían los intereses antagónicos de los grandes comerciantes y ganaderos de Buenos Aires que disfrutaban del monopolio del puerto, frente a los habitantes de las provincias interiores y del litoral. Esas disputas habían originado las guerras civiles en el Plata y, de cierta manera, impulsaron la independencia paraguaya, consumada en 1813 (Guerra Vilaboy, 1984:102-103).

Pero al ser finalmente derrotado Rosas en la batalla de Caseros -3 de febrero de 1852- por el caudillo y estanciero Justo José de Urquiza, de la provincia de Entre Ríos y constituirse la Confederación Argentina (1852-1862), se declaró la libre navegación de los ríos interiores y -por fin- el reconocimiento de la independencia del Paraguay. Urquiza aceptó el dominio exclusivo de los paraguayos sobre el río que da el nombre a la República y firmó un tratado de límites mediante el cual la Confederación recibía los disputados territorios de Misiones. Con su firma, el presidente López publicó en el último número de El Paraguay Independiente, un artículo que decía: "Nuestro papel concluye con este número y al cerrarlo tenemos la complacencia de felicitar a nuestros compatriotas por la consecución de los tres grandes objetivos de la República: el reconocimiento de la independencia, el acuerdo definitivo de sus límites con la Confederación y la libre navegación de nuestro pabellón por el río Paraná y sus afluentes".

La ley del 7 de octubre de 1848 introdujo reformas al régimen de tenencia de la tierra, incorporó a las familias indias guaraníes a la posesión o arrendamiento de tierras estatales y consolidó el control estatal sobre los principales productos exportables, dando mayor impulso a la economía exportadora y completó el proceso de unificación y formación nacional. A partir de 1852 López autorizó a algunos comerciantes reiniciar libremente sus actividades, firmó acuerdos comerciales con Inglaterra, Estados Unidos y Francia y consintió por vez primera que los extranjeros invirtieran dinero en el país. Contradictoriamente, esta liberalización provocó choques con empresas extranjeras, sobre todo los estadounidense United States and Paraguay Navigation Company -de propiedad del ya citado Hopkins y en el que tenía participación el secretario Buchanan-, lo que indujo al presidente López a expropiar todas las inversiones foráneas y a prohibir que los extranjeros poseyeran bienes en el país. Indignado, Hopkins llamó en su ayuda al barco de guerra estadounidense Water Witch, que se hallaba en Corrientes.

Sin mostrar sus verdaderas intenciones, el capitán de la nave, Thomas Page, fondeó frente a Asunción el 20 de septiembre de 1854 y acto seguido amenazó con bombardear la ciudad. López respondió con aprestos militares y el 3 de octubre prohibió la navegación por los ríos paraguayos a todos los barcos extranjeros. El incidente no llegó a las vías de hecho y los ciudadanos estadounidenses fueron evacuados del país. Page no bombardeó Asunción, pero siguió incursionando con actitud amenazadora en los ríos paraguayos, hasta que finalmente, al desobedecer una intimación del comandante del fuerte Itapirú, en la confluencia del Paraná y el Paraguay, el Water Witch fue bombardeado por las baterías de tierra, y seriamente dañado; con varios heridos a bordo, debió retirarse. Ya no habría más enfrentamientos con Estados Unidos sino hasta 1858, y de nuevo el Water Witch sería su protagonista.

Aunque como en tiempos de Francia, el pivote de la política de López seguía siendo la defensa de la soberanía nacional y de la autarquía económica, hubo significativos avances en el progreso y desarrollo del país. Anota Aníbal Miranda:

En virtud de la disciplina popular unida a los dotes de mando y administrativas del nuevo jefe de gobierno realmente se inició el auge económico del país. Creció grandemente el comercio, se levantaron construcciones civiles que demuestran hasta hoy el progreso de la época, se formó una flota mercante y una marina de guerra, se abrieron escuelas y colegios, las instalaciones artesanales se multiplicaron así como las estancias y explotaciones mineras del Estado, las comunicaciones diversificaron los contactos con los pueblos del interior, se establecieron vínculos diplomáticos con las principales potencias europeas y países americanos. La expansión fue constante y rápida en comparación a la de los estados platenses que se debatían todavía en confrontaciones internas y sufrían las fluctuaciones del mercado europeo. La agricultura era el único factor dinamizante de la economía dado que la actividad pecuaria solamente servía para el mercado interno, intentándose encontrar en el comercio exterior y en la venida de técnicos extranjeros contratados y colonos la complementación adecuada para explotar los recursos que ofrecía el territorio y que recién entonces comenzaban a ser conocidos. El *laissez faire* que se imponía desde Europa no llegó a penetrar de hecho en Paraguay, pues éste no mantenía las conexiones comerciales usuales que ligaban a los diferentes mercados nacionales: la relación de los países periféricos con Europa se centraba en los gravosos empréstitos y en el intercambio de materias primas por bienes terminados. Paraguay se abrió al comercio bajo la singular condición de cliente al contado, no-privado y protector de sus limitadas riquezas. No se aceptaban capitales bajo control extranjero, los que dondequiera se establecieron recogían ingentes ganancias ante la debilidad de los anfitriones (Miranda A., 1979:104).

Valido de sus recursos en maderas duras y otros, el país creó astilleros propios y mediante ellos la mayor flota comercial del Río de la Plata. Paraguay llegó a disponer de once barcos a vapor contruidos o adquiridos, al parecer los primeros que hubo en América Latina en su tipo, incluidos barcos de acero, así como unos cincuenta veleros pequeños y grandes artillados. El hierro y el acero se producían en la fundación de Ibicuy, inaugurada en 1854, al tiempo que cañones de 12 pulgadas, armas ligeras, proyectiles e implementos agrícolas salían del arsenal de Asunción. De las minas estatales de Itacurubí y Valenzuela se extraía el mineral de hierro, azufre y carbón. A principios de la década de 1860 atracaban anualmente en el puerto de Asunción más de 300 buques de vapor de diferentes nacionalidades. Se exportaba yerba mate, maderas, tabaco, cueros, cigarros y naranjas; y se importaban maquinarias y manufacturas que el país no producía.

En 1854 el Estado comenzó a construir el primer ferrocarril de trocha ancha del Río de la Plata y el segundo en toda América del Sur. Esta línea comunicó en 1861 a Asunción con la villa de Paraguarí, a 72 kilómetros de distancia. Se estableció también una red de telégrafos que, a la vez que bordeaba el río Paraguay, permitía enlazar el estratégico Paso de la Plata con Asunción. Al respecto observa el historiador liberal Efraín Cardozo:

Los progresos materiales alcanzados en todos los órdenes, bajo la dirección de los técnicos europeos contratados por el general López hicieron del Paraguay una unidad económica autónoma y pujante que en poco tiempo se colocó entre los primeros países sudamericanos. Abandonando el intento de implantación de capital extranjero con el provocado fracaso de la empresa Hopkins, el Paraguay fue la única nación del continente donde encontró vallas infranqueables la expansión del imperialismo europeo, y acostumbrado a prolongados aislamientos desarrolló un género de economía peculiar que dependía muy poco de la economía internacional (Cardozo, E., 1949:145).

Observa Guerra Vilaboy que esta política exterior independiente y las potencialidades productivas de un país que durante décadas había resistido exitosamente las pretensiones hegemónicas de sus ambiciosos vecinos, así como las presiones de las principales potencias capitalistas para penetrar su economía y dominar sus mercados, tenía que provocar, tarde o temprano, la oposición concertada de todas estas fuerzas, "preludio de la tormenta que se iba gestando en el horizonte" (Guerra Vilaboy, 1984:118).

A principios de 1858, con el pretexto de una supuesta violación paraguaya del principio de la libre navegación de los ríos interiores, una escuadra brasileña al mando del almirante Pedro Ferreira de Oliveira, compuesta por 20 buques con 130 cañones, luego de obtener el permiso de paso del gobierno de Buenos Aires, remontó el Paraná, se situó frente a Asunción y allí exigió el libre tránsito para los barcos del Imperio que comunicaban al Estado de Matto Grosso con la costa atlántica. Carlos Antonio López cedió, con la firma de un tratado alusivo sobre libertad de navegación el 12 de febrero de 1858. En diciembre del mismo año, el antiguo secretario de Estado y el que a la postre sería el presidente de Estados Unidos, James Buchanan, despachó una expedición punitiva para vengar el bochorno anterior del Water Witch, integrada por 11 vapores y nueve veleros con 200 cañones. El general Urquiza, presidente de la Confederación Argentina, ofreció su mediación. El incidente se solucionó cuando López cedió en algunas cuestiones, aceptó someterse a un arbitraje internacional de las reclamaciones y firmó con Estados Unidos un tratado comercial.

Para entonces las actividades contrarias al presidente López encontraron apoyo en el gobierno de Buenos Aires. El mandatario se iba ganando enemigos y adversarios dentro y fuera del Paraguay, pero la base principal sería Argentina. López había sido reelegido presidente en 1854 por un período de diez años. Según Julio César Chávez, biógrafo de Francia y López, "uno de los factores que provocaban mayor resistencia al régimen

estaba constituido por el monopolio de la yerba de mate y la madera. El Estado aparecía como el máximo y privilegiado traficante". Escritores y políticos argentinos como Bartolomé Mitre y Domingo F. Sarmiento atacaban a su gobierno, con el epíteto de "bárbaro". Le reprochaban -igual que lo harían constatar en este siglo historiadores paraguayos como Cardozo y Cháves- la identificación del Estado con la familia López y los beneficios que ésta y sus allegados obtenían de esa simbiosis.

Dice Cardozo: "De hecho, el Estado, tan identificado con la familia López, ejercía la dirección de la actividad económica del país [...] El Estado era el más importante estanciero y el principal exportador, lo que no permitió la formación de ninguna fortuna privada apreciable, aparte de las que reunieron los parientes de López". Cháves escribió: Los López realizaban intensa actividad económica y no sólo dominaban el campo de la política sino también el de los negocios. Eran comerciantes, ganaderos, agricultores, tenían sendas estancias y vastas plantaciones; laboraban yerba y madera; intervenían en negocios inmobiliarios y operaciones de crédito, importaban y exportaban. Se enriquecían a ojos vista [...]. (Chávez, J. C. 1955:203)

Para Guerra Vilaboy, que no rechaza estas puntualizaciones, esa realidad que había caracterizado a otros caudillos sudamericanos y centroamericanos del siglo XIX -y también del siglo XX- no impedía otros aspectos positivos del régimen del primer López:

El Estado de López ya no era capaz de dejar de tener en cuenta los intereses de los comerciantes, estancieros y campesinos acomodados. No obstante, la clase de los terratenientes semif feudales no pudo levantar cabeza y los comerciantes exportadores nunca lograron introducir las inversiones extranjeras y los intereses británicos, como sucedía en los demás países de América Latina. Esos sectores sociales tampoco lograron liquidar el peso abrumadoramente mayoritario del Estado en la economía. Más bien la presencia del capital privado y el crecimiento relativo de la naciente burguesía nacional se hizo sentir alrededor de las actividades mercantiles, productivas y empresariales de la familia presidencial, en íntima vinculación con el aparato gubernamental [...]

Evidentemente, junto a la familia López se fue conformando una nueva oligarquía de características burguesas, vinculada en forma muy estrecha a la actividad estatal. En ese restringido círculo de poder figuraba, además de la familia presidencial, la alta jerarquía eclesiástica y los militares de elevada graduación, junto a algunos destacados negociantes. El creciente aburguesamiento de la clase dominante y las limitaciones introducidas el régimen democrático, estaban en cierta forma determinados históricamente y no pueden opacar el hecho concreto de que la función primordial del Estado paraguayo siguió consistiendo en colocar a la nación en condiciones de preservar su independencia y a la vanguardia entre los países latinoamericanos, creando las premisas necesarias para un desarrollo propio del capitalismo.

El gobierno no abandonó los resortes fundamentales de la economía nacional y, como el anterior, tampoco dio entrada al capital extranjero, arrojando, en suma, para su época, un balance positivo (Guerra Vilaboy, 1984:129-130).

La Guerra de la Triple Alianza

Carlos Antonio López murió el 10 de septiembre de 1862. Al mes siguiente, el Congreso designó para reemplazarlo a su hijo primogénito, Francisco Solano López, quien desde muy joven se había educado en las prácticas militares, así como en las administrativas estatales. Aquel mismo año ascendía a la presidencia en Argentina el político y militar Bartolomé Mitre, archienemigo de Paraguay no menos que de su modelo de desarrollo nacionalista, independiente y autárquico.

Las intermitentes guerras civiles de Argentina habían concluido al triunfar Mitre en la Batalla de Pavón, y al asumir su cargo se asentaría la oligarquía liberal bonaerense, extirpados los últimos caudillos federales del interior y del litoral del Paraná. Simultáneamente surgía otra oligarquía triunfante en Brasil aliada al emperador Pedro II. Se hacía perceptible, para la diplomacia paraguaya, la inevitabilidad de una alianza entre ambas oligarquías a despecho de antiguas diferencias, con la eventualidad de un cierre de pinzas del país mediterráneo mediante la clausura de su comunicación con ultramar por las vías fluviales del Paraná y el Paraguay. El menor margen de vulnerabilidad del Paraguay a las fluctuaciones del comercio internacional era un mecanismo de protección para el crecimiento. Pero el mismo era insuficiente como garantía de la integridad del territorio y la soberanía ante las relaciones de poder entre y con los demás países del área. En tanto los intereses de Argentina y Brasil no fueran afectados conjuntamente, la seguridad nacional no correría mayor peligro. Cuando sí se dieron las condiciones para un entendimiento y para el apoyo de Gran Bretaña, potencia mundial que requería fuentes de aprovisionamiento y consumo para su creciente expansión, la suerte del desarrollo paraguayo, tal cual venía operando, quedaba echada (Miranda, A., 1979: 105).

Las disputas de caudillos locales en Argentina tenían intermitente eco en la vecina República Oriental del Paraguay, un Estado-tapón creado después de la Guerra Cisplatina entre Argentina y Brasil (1825-1828) merced a la activa participación de Gran Bretaña (Hoyt Williams, 1979:198). Mientras el argentino Domingo F. Sarmiento soñaba con reconstruir con su mítica Argirópolis el antiguo Virreinato del Río de la Plata (del cual habían sido parte Uruguay y Paraguay), Brasil no renunciaba a su vieja vocación imperial, que incluía secciones de Bolivia, Paraguay y todo Uruguay. Según la visión de los dos López, Uruguay era vital para su percepción del "equilibrio político", doctrina entonces de moda en las cancillerías europeas, que pasaron a América. El puerto de Montevideo era la lógica alternativa paraguaya para su salida al Atlántico en caso de un bloqueo o prohibición por el río Paraná vía Buenos Aires.

En su afán de quedar libre tanto de las apetencias de Argentina como de las del Brasil, el presidente uruguayo Bernardo P. Berro se acercó a su colega Francisco Solano López. El pensador argentino Juan Bautista Alberdi escribió a este respecto:

Montevideo es al Paraguay lo que Paraguay es al interior del Brasil, la llave de su comunicación con el exterior. Tan sujetos están los destinos del Paraguay a los de la Banda Oriental, que el día en que el Brasil llegase a hacerse dueño de este país, el Paraguay podrá ya considerarse como colonia brasileña, aun conservando una independencia nominal. Con eventual ocupación de Montevideo por Brasil, la República del Paraguay vendría a caer, de hecho, en medio de los dominios del Imperio. Es por ello que el Paraguay se ha visto obligado a verse amenazado en su propia independencia por la invasión del Brasil a la Banda Oriental. Ha hecho suya la causa de la independencia oriental porque lo es en efecto, y su actitud de guerra contra el Brasil es esencialmente defensiva, aunque sus necesidades estratégicas lo hayan hecho salir de sus propias fronteras.

Desde una vertiente opuesta, el historiador argentino Oría pone énfasis en teorías entonces en boga:

Desde la finalización de las guerras napoleónicas las doctrinas sobre la legitimidad y el equilibrio político estaban de moda en las cancillerías europeas y pasaron a América. El propio gobierno brasileño invocó al principio del equilibrio ante el gobierno de Buenos Aires poco antes de iniciarse la guerra, por intermedio de su canciller Carneiro Campos, vizconde de Abrantes. En el caso de López, las instrucciones del canciller uruguayo Juan

José Herrera y las ideas de su ministro en Asunción, Octavio Lapido, tendían a una entente entre sus respectivos países fundada en el 'equilibrio' como resguardo de su independencia. La misma tesis, repitiendo conceptos antes expuestos por Talleyrand y Canning, reaparece en las notas oficiales paraguayas, pidiendo explicaciones o formulando reclamaciones a los gobiernos argentino y brasileño (Oria, S. J. 1975:8).

El historiador -que además fue Presidente- paraguayo Juan Natalicio González opta en cambio, más que por las premisas del "equilibrio", por los intereses británicos detrás del azuzamiento a la guerra. Afirma, con documentación probatoria, que el banquero brasileño, Barón de Mauá, aliado a los capitalistas de Londres, tenía cuantiosos intereses en Montevideo y ejercía por ello gran presión sobre la cancillería de Río de Janeiro. Añade que fue Inglaterra la que gestó y financió la Guerra de la Triple Alianza, así como la principal beneficiaria de la contienda (González, J. N. 1940). Con él coincide el historiador brasileño Chiavenatto, aunque haciendo notar que los intereses de Mauá no eran necesariamente los mismos que sustentaban los caudillos riograndenses:

Uruguay ya era una respetable 'presa' para el imperialismo inglés. Ya en 1857 el Barón Mauá funda un banco en Montevideo, pero con antelación operaba a través de una casa bancaria. A lo largo del tiempo se va tornando cada vez más íntimo de los intereses financieros ingleses, hasta que se transforma en su propio agente. La presencia del banco brasileño en Uruguay, aunque con algunas concesiones del gobierno Berro, no siempre fue fácil. Pero desde 1853 hasta 1858 Mauá forja un estupendo patrimonio en Uruguay, a punto tal que en 1862 se convierte en uno de los mayores exportadores uruguayos, no tanto en la comercialización de la exportación, como, sobre todo, exportando los productos de sus propias empresas. En este tiempo Mauá era un serio competidor, inclusive, para Buenos Aires: desde Montevideo exportaba lanas en cantidades superiores a las de la producción argentina. Era propietario de fábricas, tenía el mayor ganado del país, industrializaba carne en conserva y en sus tierras se cultivaba mucho trigo. Las posesiones de Mauá estaban esparcidas por todo Uruguay y el famoso banquero también compró millares de hectáreas en Argentina. [...] La intervención de la escuadra brasileña en Uruguay, sin duda, solamente iba a perjudicar la estabilidad del gobierno uruguayo -obviamente, era su fin- causando perjuicios a los propios intereses brasileños, representados financieramente por el Barón Mauá. Pero, para entender lo del imperialismo inglés hay que pasar por encima de esto: era preciso 'desestabilizar' a Uruguay, cambiar su gobierno y preparar la guerra contra Paraguay (Chiavenatto. 1980:90-91).

De nuevo cabe remontarse a los antecedentes históricos. Desde la Colonia y con el patrocinio de Inglaterra, Portugal tenía pretensiones sobre Paraguay y Uruguay. En 1811 Portugal tentó al doctor Francia a convertir a Paraguay en un ducado suyo. La tentativa la repitió Brasil, ya Imperio sucesor del portugués, en 1826, cuando Pedro I insta por carta al mismo Francia a incorporarse a la "Casa de Borbón" con la garantía de Inglaterra. El Dictador Supremo no acepta ninguna de las propuestas y Paraguay se mantiene distante de las apetencias hegemónicas durante las siguientes décadas.

El cambio de situación se produce coincidentemente a partir de la muerte de Carlos Antonio López y el ingreso a la presidencia de Argentina de Bartolomé Mitre. Será éste quien induzca el alzamiento de los "Colorados", acaudillados por Venancio Flores, contra los "Blancos" en el poder en Uruguay. Mitre consiente una expedición armada que desembarca en Uruguay el 16 de abril de 1863 de un barco de guerra argentino. Se inicia una nueva guerra civil pero el presidente Berro resiste y hasta se permite concluir su mandato en 1864, cuando transfiere la presidencia a otro "Blanco", Atanasio C. Aguirre, notorio opositor al régimen brasileño. De nuevo, aquí, cabe la interpretación de Chiavenatto:

La situación ahora está pronta para la intervención: por fin Uruguay puede ser dominado sin riesgo de una grave pendencia con Argentina, que jamás admitirá la presencia ostensible brasileña en el Plata. El dominio que ya se ejercía económicamente se consolida en forma militar al costo de la pérdida de sustento de los propios intereses financieros inmediatos del Imperio, pero abre el camino hacia el Paraguay. En lugar de una intervención en Uruguay contra Argentina, se hará ahora con los argentinos. La situación, que podría resultar en una divergencia con Argentina, se resuelve automáticamente, en forma pacífica entre ambos, porque hay un problema mayor: el Paraguay. La desestabilización política y económica que sufrirá Uruguay, perjudicando los intereses del imperialismo inglés y sus representantes argentinos y brasileños. será compensada con la absorción del Paraguay. Solamente las contradicciones de la relación económica entre el Imperio del Brasil e Inglaterra podrían exigir la intervención militar brasileña en Uruguay (Chiavenatto, 1980:91).

El 6 de mayo de 1864 llega a Montevideo la "Misión Saraiva" despachada por Pedro II con presuntas intenciones de pacificación. Impone al presidente Aguirre un programa para el cual se ha puesto previamente de acuerdo con el representante diplomático inglés Edward Thornton y con el ministro de Relaciones Exteriores argentino Rufino Elizalde. En junio el mediador se ve frustrado porque el presidente Aguirre no sólo acepta prácticamente todo sino que se adelanta a ponerlo en práctica inmediatamente, menos entregar el poder al "Colorado" Flores. En julio el brasileño Saraiva se traslada a Buenos Aires. Allí se decidirá la intervención armada de Argentina y Brasil, para cuyo efecto se firma el 10 de agosto un acuerdo secreto que sólo se hará público al año siguiente, el 5 de junio de 1865, cuando lo revela ante el Congreso brasileño el Barón de Río Branco. Lo firman Antonio Saraiva y Rufino Elizalde y constituye una total e impertinente intromisión de dos grandes países en los asuntos internos de otro pequeño. Chiavenatto le denomina "tratado cínico y brutal", supuestamente destinado "a garantizar" la soberanía uruguaya cuando en la práctica "y a corto plazo no hizo sino cambiar su gobierno por otro que les era más servil".

Desde Paraguay, Francisco Solano López recordó a la corte imperial su compromiso de respetar su soberanía, al tiempo que, invocando el tratado del 25 de diciembre de 1850, le advirtió que cualquier ataque a Uruguay sería considerado por Paraguay como una agresión a su propio territorio. Al propio tiempo, ordenó la movilización militar preventiva, que en poco tiempo nucleó un ejército de 50,000 soldados formado por hombres de 17 a 40 años de edad. De entre ellos, 20,000 fueron dotados con fusiles que Paraguay había comprado a Brasil entre 1848 y 1850; los demás fueron pertrechados con armas fabricadas en el país, incluidas lanzas y sables. Todo parecía encaminarse a un imparable conflicto. Refiere Williams:

Para sumarse a la confusión, la situación doméstica de Argentina y Brasil era compleja [...] El Emperador, que buscaba tener influencia en Uruguay, no una guerra, estaba frecuentemente azuzado por los caudillos de Río Grande do Sul, que violaban la frontera uruguaya. Hacia 1860, quizás 15,000 brasileños se habían introducido en Uruguay y los choques fronterizos eran una desalentadora rutina. Bajo la presión de sus influyentes caudillos sureños, Pedro II accedió a una rígida política hacia el gobierno 'Blanco', que en 1863 estaba otra vez librando una guerra de guerrillas contra disidentes 'colorados' armados por Buenos Aires [...] Mitre permitía la ayuda clandestina [...] López prefería mantener a esta altura su libertad de acción, pero dejó claro que no permitiría la dominación o el desmembramiento de Uruguay por sus vecinos (Hoyt, Williams, 1979:200-201).

Ya decidida la intervención militar, las operaciones las inició el general brasileño Mena Barreto a mediados de octubre de 1864, ocupando la localidad uruguaya de Villa Melo. Simultáneamente, el almirante Joaquim Marques Lisboa, marqués de Tamandaré, ingresaba al estuario del Plata con la obvia autorización de Buenos Aires para atacar la ciudad de Paysandú, a la que puso sitio rindiéndola para a continuación provocar una gran matanza de prisioneros. El 13 de noviembre el barco de guerra paraguayo "Tacnarí" capturó al mercante brasileño "Marques de Olinda", requisó su carga y lo retuvo. Al propio tiempo, sendas columnas comandadas por los coroneles Francisco Isidoro Resquín y José Vicente Barrios iniciaron hostilidades apoderándose en menos de quince días de todos los territorios en litigio con Brasil, así como de los principales puertos de ese país sobre el río Paraguay. La guerra se había iniciado y López no demoró en ocupar también los principales puntos del Estado de Matto Grosso.

Pero para completar la unión con las fuerzas uruguayas que resistían al invasor, López necesitaba ingresar por tierra al Estado de Río Grande do Sul. Se interponían la provincia de Corrientes y el territorio de Misiones, ambos argentinos, y López pidió al gobierno de Mitre, el 9 de enero de 1865, permiso de paso, semejante al que aquél había concedido a la escuadra de Tamandaré para atacar a Paysandú. Urquiza aconsejó a Mitre: "Nada importaría el tránsito libre e inocente de ambos beligerantes por los territorios despoblados de Misiones, si llegase el caso". Mitre le responde: "Yo no estaría satisfecho de mí mismo, ni creería obrar en sentido del honor y de la dignidad del país, si consintiera en su menoscabo, tolerando o permitiendo que transiten por territorio argentino tropas de uno u otro de los beligerantes" (Rebollo, Paz, 1968). Se olvidó del paso de las naves brasileñas por territorio fluvial argentino, y además demoró su respuesta hasta el 9 de febrero, rechazando la petición paraguaya. El 18 de marzo de 1865 Paraguay declaraba la guerra a la Argentina en circunstancias en que la plaza de Montevideo caía en manos del 'Colorado' Venancio Flores.

El 14 de abril las fuerzas paraguayas al mando del general Wenceslao Robles se apoderaron de la ciudad de Corrientes, sobre el Paraná, y a continuación las ciudades de Bella Vista y Goya, en la misma provincia. Y mientras la guerra se generalizaba, en forma secreta era suscrito el 1 de mayo en Buenos Aires el Tratado de la Triple Alianza, con la firma del uruguayo Carlos de Castro, el brasileño Francisco Octaviano de Almeida Rosa y el argentino Rufino de Elizalde. El texto del tratado era el siguiente:

El Gobierno de la República Oriental del Uruguay, el Gobierno de S.M. el Emperador del Brasil y el Gobierno de la República de Argentina: los dos últimos encontrándose en guerra con el Gobierno del Paraguay por haberle sido declarada de hecho por este Gobierno y el primero en estado de hostilidad y amenazado por el mismo gobierno que violando su territorio, tratados solemnes y los usos internacionales de las naciones civilizadas, ha cometido actos injustificables, después de perturbar las relaciones con sus vecinos con los actos más abusivos y agresivos;

..Persuadidos de que la paz, seguridad y bienestar de sus respectivas naciones se hacen imposibles mientras el actual gobierno del Paraguay exista, y que es de necesidad imperiosa, reclamada por los más altos intereses, hacer desaparecer aquel gobierno...

Paraguay derrotado

No fue una guerra sino una hecatombe. Hubo triunfos y derrotas por ambas partes, y en cada una de ellas los muertos y heridos se contaban por millares. Nunca en los anales bélicos de América Latina, donde tantas conflagraciones se habían producido a partir de las primeras insurrecciones independentistas de 1810, había ocurrido nada parecido. Lo que más podría asemejarse, en drástica ferocidad, era la Guerra de Secesión (1861

-1865) que se había librado en Estados Unidos y que estaba concluyendo al momento en que se iniciaba la Guerra de la Triple Alianza.

Llevaría un espacio mucho mayor del que disponemos el relato de las vicisitudes bélicas que se prolongarían durante casi seis años. Nos ajustaremos por lo tanto a los principales sucesos, para dejar lugar posteriormente a lo que importa a los fines de este ensayo: señalar qué fue lo que le ocurrió a Paraguay después de su derrota.

El 12 de junio de 1865, en la batalla naval de El Riachuelo, en el Alto Paraná, la escuadra brasileña triunfó sobre la paraguaya y desde entonces controló esa importante vía de agua. El 17 de agosto los aliados derrotaban en Yatay a las tropas del mayor Pedro Duarte, de cuya fuerza de 3,000 soldados 1,500 murieron y el resto, en su mayoría heridos, quedó prisionero. El 19 de septiembre es vencido en Uruguayana; después de un bloqueo el coronel Antonio de la Cruz Estigarribia, debe rendirse con 5,000 soldados. Al terminar el primer año de la guerra, Paraguay ha perdido casi 20,000 soldados, sus mejores regimientos de caballería, la mitad de su flota y la iniciativa estratégica. Los prisioneros paraguayos son llevados a Brasil y reducidos a la esclavitud (el sistema esclavista rigió en el Imperio hasta finales de la década de 1880). La guerra se traslada al año siguiente a territorio paraguayo.

El 24 de mayo de 1866, en el estero Bellaco y en Tuyutí se registra la batalla más sangrienta de la historia del Continente: las fuerzas mandadas por Mitre sufren 10,000 bajas, y las paraguayas 7,000 muertos y otros tantos heridos. Allí quedan los restos del mejor ejército de Paraguay. El mariscal brasileño Luis Alves de Lima e Silva, marqués de Caxias, escribe a Pedro II: "Todos los encuentros, todos los asaltos, todos los combates habidos desde Coimbra a Tuyutí, muestran y sostienen de una manera incontestable que los soldados paraguayos están caracterizados por una bravura, un arrojo, una intrepidez y una valentía que raya en ferocidad sin ejemplo en la historia del mundo".

A mediados de 1866 la guerra es de posiciones y de largas trincheras. En julio, en las batallas de Sauce y Boquerón, mueren 2,500 paraguayos y 5,000 aliados. Antes de estallar la guerra Mitre había profetizado: "En veinticuatro horas en los cuarteles, en tres semanas en la frontera, en tres meses en Asunción. Pues bien, al cabo de un año Mitre apenas había ingresado al territorio paraguayo. El 12 de septiembre se entrevistan en Yataity Corá, entre dos líneas de trincheras, Mitre y Solano López. Este último no aceptó la presencia del uruguayo Venancio Flores, por considerarlo un indigno títere de Brasil y Argentina. Mitre pide al jefe paraguayo la rendición incondicional, demanda que es rechazada. El 22 de ese mismo mes, en Gurupayty, los Aliados son derrotados y dejan en el campo 8,000 muertos, pero Paraguay sufre también una enorme sangría. Ya está presente lo que el historiador norteamericano Williams denominará la "catástrofe demográfica" (Hoyt Williams, 1979:214). Los Aliados tardarán un año en reorganizar su ejército, el cólera diezma a las tropas en Corrientes y Mitre debe regresar con la mitad de sus efectivos de Buenos Aires, para hacer frente a la sublevación de caudillos provinciales contra su Gobierno, y a la desertión de los reclutas.

Nuevos y generosos empréstitos de Inglaterra permiten a los Aliados -especialmente a los brasileños- comprar más armas y abastecimientos, incluidos adelantos tales como globos aerostáticos de observación. El 22 de julio de 1867 se reanuda la guerra sin cuartel. Brasil recupera su territorio de Matto Grosso. En noviembre los paraguayos derrotan a los Aliados en Tuyutí, pero éstos logran, en febrero de 1868, penetrar con sus acorazados hasta Asunción, por lo que el mariscal López ordena su evacuación. La escuadra imperial destruye la capital mediante un intermitente bombardeo. En agosto de 1868 cae Humaitá, llamado el "Sebastopol paraguayo": se rinden los 1,200 sobrevivientes comandados por el coronel Francisco Martínez; en el perímetro de la fortaleza pasan de 60,000 soldados

sepultados. Para Paraguay es el principio del fin. Siempre en retirada, López empieza a resistir en el Chaco. Sus tropas se componen en gran parte de ancianos y niños y aun así derrotan a los brasileños en Ytotoró y Avahy, aunque quedan en el campo otros 8,000 muertos por ambas partes.

El 24 de diciembre de 1868, desde su cuartel general de Piquysry, López rechaza por escrito, en una conmovedora carta, la intimación a la rendición incondicional que le envía el jefe brasileño. Tres días después los Aliados atacan y vencen, pero quedan allí otros 10,000 soldados suyos muertos y una cifra semejante de los paraguayos, a los que prácticamente no les quedan ya tropas. En sus Recuerdos de la guerra del Paraguay, el general argentino José Ignacio Garmendia escribirá: "El pueblo paraguayo en esta última época presentó un ejemplo que aun la historia de los tiempos modernos no reviste otro igual, un último ejército de inválidos, viejos y niños de diez a quince años, combatiendo bizarramente contra fuerzas superiores y muriendo como si fueran soldados en los campos de batalla".

Con lo poco que le queda a López sigue replegándose y se permite aún derrotar a los Aliados en el puente Yuquery. El jefe Caxiaz, muerto de un ataque cardíaco, es sustituido por el yerno del emperador Pedro II, mariscal Luis Felipe Gastón, conde D'Eu. El 5 de mayo de 1869 éste ataca Ibicuy y repetirá el pillaje, saqueo y destrucción de Asunción, preanunciando lo que ocurrirá al término de la contienda. Relata O'Leary: "No se contentaron con robar. Fueron más allá. Destruyeron, por puro gusto de destruir cuanta obra de progreso encontraron a su paso. Así, el gran establecimiento de Ybicuí fue científicamente arrasado por el ingeniero Gerónimo de Moraes Jardín, quien incendió los edificios, despedazó las maquinarias, demolió alcantarillas, ruedas hidráulicas y demás elementos de la gran fundición de hierro. ¡En esta forma libertaban al Paraguay! Lo libertaban, como decía Alberdi, de todo lo que constituía su riqueza, de todos los atributos de su civilización, para que volviera a los días felices de la edad de piedra" (O'Leary, J. E., 1922:282).

TEXTO

El 1° de agosto 34,000 soldados Aliados atacan Peribebuy y vencen. Los derrotados sobrevivientes suman sólo 3,000, de los cuales la mitad no pasan de 14 años y usan barbas postizas para parecer adultos. En Rubio Nú son otra vez derrotados y lo que queda de ellos se repliegan a Panadero, librando acciones de guerrillas. A principios de 1870, lo que queda del ejército del mariscal López se sitúa en el llamado Cerro Corá, a poca distancia de la frontera brasileña. Según el historiador Cardozo, esos mil hombres y niños constituyen una "legión de espectros". El 1° de marzo llegan a Cerro Corá 5,000 brasileños comandados por el general Antonio Correa de Camara. El combate que se entabla, no por desigual es menos atroz. Se lucha cuerpo a cuerpo. El vicepresidente paraguayo, Francisco Sánchez, de 80 años de edad, se niega a rendirse y es atravesado por una lanza. Panchito, primogénito de López, de 15 años de edad, intimado igualmente, responde: "¡Un coronel paraguayo no se rinde!" y cae muerto de un balazo. El propio mariscal pelea contra varios jinetes que lo hieren de dos lanzazos en el vientre y un balazo en la frente. Desmonta en un arroyo para morir, y allí, en persona, el jefe brasileño Correa de Cámara le intima la rendición. Penosamente, López se incorpora y le lanza una estocada al tiempo que dice: "¡Muerdo con mi patria!" Un soldado brasileño pone fin a su vida con un balazo en el corazón, disparado a bocajarro.

Los 254 sobrevivientes de Cerro Corá son llevados prisioneros. Pero uno de los generales de López, el héroe Itororó, Bernardino Caballero, resistirá todavía hasta el 8 de abril, cuando es asediado cerca del río Apa. Allí se entera de la muerte de su jefe, llora y se entrega junto con sus pocos oficiales y soldados. En ese sitio termina la Guerra de la

Triple Alianza. No vio su fin el títere Venancio Flores, asesinado en una calle de Montevideo en 1868. Mitre ya no es presidente, pero su sucesor, Domingo F. Sarmiento, no será menos feroz en su odio a López y a lo que éste, a su juicio, representaba.

Ya la sucesión había comenzado a funcionar meses antes, forjada por la Triple Alianza e Inglaterra, con la instalación de un "Gobierno Provisorio de la República de Paraguay" en la Asunción ocupada el 15 de agosto de 1869, integrado por Cirilo Antonio Rivarola, Carlos Loizaga y José Días de Bedoya, y que en su manifiesto inicial declara su intención de "acabar con todos los restos de la tiranía que mantiene en nuestro territorio la más calamitosa de las guerras que hayan afligido a la humanidad" y dar "nueva existencia y regeneración de nuestra Patria, a la sombra de los principios liberales del siglo en que vivimos" (Laino, D., 1976-21). Lo que aquí se insinúa se hará más claro en un manifiesto que el Triunvirato expide el 10 de septiembre "bajo los auspicios de la amistad de los Aliados y en presencia de sus ejércitos", en el que consagra "un voto de gratitud en favor de los Ejércitos Aliados" y "su conducta eminentemente patriótica, humanitaria y digna de la alta consideración del país"; y en el que se verá a sí mismo como un "gobierno que se establece entre la tumba abierta a un régimen y la aurora de otro que se levanta; entre el despotismo bárbaramente consagrado por el aislamiento, por el sistema restrictivo y la negación de todas las libertades, que se hunde, y el risueño aspecto de una nueva era que se presenta bajo la égida de los derechos del hombre y cortejada de todos los principios liberales que son el patrimonio de las naciones más cultas [...] ofreciéndose al mundo todos los elementos naturales de una tierra rica y de variadas producciones" (Laino, D. 1976:17-21).

Ya derrotado y ocupado Paraguay, el Triunvirato se reduce y Rivarola y Loizaga firman otro manifiesto el 10 de mayo de 1870, en el que describen a su patria "inaugurando su nueva vida con la reunión de un club extranjero" (sic), O sea "tres naciones amigas y hermanas" (Uruguay jamás tuvo el más mínimo peso y fue un pretexto) con cuya presencia brotará la "paz que traiga capitales y brazos industriosos para explotar la inmensa riqueza de su suelo". Pero ya convertido en presidente, Cirilo A. Rivarola dirige otro mensaje al pueblo, en el que postula que "nuestro comportamiento debe inspirar confianza al extranjero, al comercio para fijar sus cálculos [...] que los hombres pacíficos que nos traen progreso y civilización necesitan para sujetar sus operaciones a cálculo"; de manera que "no nos hagamos ilusiones, queriendo excluir a los extranjeros", al contrario, "unidos paraguayos y extranjeros no habrá obstáculos al progreso y la civilización, ni al engrandecimiento de un pueblo virtuoso"; y así "extranjeros, contad con vuestro amigo..." (Laino, D. 1976:23-24).

La enajenación de la riqueza nacional, la venta de tierras y bienes públicos inician el largo período de la integración del Paraguay al sistema capitalista, aun antes del final de la guerra, cuando ya está instalado en Asunción, en agosto de 1869 y con la protección de las tropas invasoras y ocupantes:

Al término de la guerra 16,329 leguas cuadradas de un total de 16,590 leguas cuadradas que eran la superficie del Paraguay, correspondían al dominio del Estado. O sea que el 97.8 por ciento del territorio estaban en poder público y solamente el 2.2 por ciento constituido por 261 leguas cuadradas era privado. De ahí que la capacidad del gobierno en determinar la forma de distribución de la tierra era teóricamente muy amplia. En realidad su poder de hacerlo así estaba seriamente limitado [...] por la influencia ejercida desde Río de Janeiro y Buenos Aires en favor del colonialismo interno como desde luego era norma en los países aliados, y porque la ideología liberal exigía entregar a los particulares la propiedad de los medios de producción, incluso la tierra. Esto último significaba para todo propósito práctico de emergencia de una clase propietaria de la cual surgiría en Paraguay una oligarquía criolla, ni remotamente tan fuerte como los

latifundistas extranjeros pero sí aliada con éstos por intereses de clase. Poco podía esperarse del gobierno en estas condiciones. La cesión del recurso natural más valioso que le quedaba al Paraguay, con yerbales y bosques incluidos, es hasta cierto punto comprensible a la luz de tan excepcionales circunstancias (Miranda. A., 1979, 105-106).

Para entonces Paraguay era un vasto cementerio tanto para lo que había sido su población, que según el historiador francés Pierre Chaunu, era en 1863 de 1,337,489 habitantes, de los que en 1871 sólo quedaban 222,079, como para buena parte de los ejércitos Aliados. Del más de medio millón de muertos paraguayos, la casi totalidad habían sido varones. Sólo quedaron vivos ancianos, mujeres y niños de muy corta edad. Otro dato ilustrativo no menos que pavoroso: "De los 68,379 varones que sobrevivieron, solamente 13,663 eran mayores de 24 años de edad" (Pastore C., 1972:176). Estos sobrevivientes, empobrecidos y famélicos, en su mayor parte iletrados, se reagruparon en pueblos y villas destrozados por la metralla, saqueados por los invasores y luego invadidos por los animales y la vegetación tropical durante los seis años de lucha. Y así, penosamente, debieron iniciar una reconstrucción desde la nada, vigilados por los ocupantes, que establecieron su propio sistema de regeneración de consumo con los paraguayos adversarios de Francia y de los dos López.

Y allí sobrevino la repartija y la rapiña. El documento del pacto de la Triple Alianza mencionaba que la guerra se hacía contra Solano López y no contra Paraguay, pero al llegar la victoria, Brasil y Argentina se cobraron sus muertos, sus heridos y sus gastos bélicos con usura. Paraguay perdió la ribera izquierda del Paraná y el territorio de Misiones, por el cual disputarían enseguida Argentina y Brasil. Argentina se quedó con el Chaco Austral, zona comprendida entre los ríos Pilcomayo y Bermejo; cuando intentó quedarse con el Chaco Central, se opuso Brasil, que a su vez se había quedado con la región situada entre el río Apa y el Río Blanco; para evitar llegar a las armas, arbitró el presidente de Estados Unidos, Rutherford B. Hayes, en 1878: "le dio la razón al Paraguay, como convenía al Brasil para mantener a distancia a la Argentina en este flanco, y como convenía a Estados Unidos, que disputaba la presa al león británico y que obtuvo del arbitraje ventajas para la navegación norteamericana" (Medina Castro M.,380).

CITAS:

[*] Centro de Estudios Latinoamericanos, UNAM. (Finado)

[1] Carta, de Aimé Roger, Cónsul interino francés en Buenos Aires. Cfr. Justino Pastor Benítez, La vida solitaria del doctor José Gaspar Rodríguez de Francia, dictador del Paraguay, pp. 268-270.

BIBLIOGRAFIA:

Alperovich, M. S. (1975). Revolución y dictadura en el Paraguay, 1810-1840. Editorial de Ciencias Sociales, Moscú, en ruso, cap. VII.

Bray, Arturo (1943). Hombres y épocas del Paraguay, Editorial Difusam, Buenos Aires.

Cardozo, Efraín (1949). "Paraguay independiente", en Antonio Ballesteros y Beretta. Historia de América y de los pueblos americanos. Salvat Editores, Barcelona, T. XXI.

Cháves, Julio César (1955). El presidente López. Vida y gobierno de Don Carlos. Editorial Ayacucho, Buenos Aires.

Chiavenatto, Jullio José (1980). Genocidio Americano: A Guerra do Paraguai. Livraria Brasiliense, Sao Paulo.

Cueva, Agustín (1977). El desarrollo del capitalismo en América Latina. Siglo XXI, México.

González, Natalicio (1940). Cartas polémicas sobre la guerra del Paraguay. Editorial Guaranía, Buenos Aires.

Guerra Vilaboy, Sergio (1984). Paraguay: de la Independencia a la dominación imperialista, 1811-1870. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, Cuba.

Hoyt Williams, John (1979). The Rise and Fall of the Paraguayan Republic, 1800-1870. Austin, Texas, University of Texas Press.

Laino, Domingo (1976). Paraguay: de la Independencia a la dependencia (Historia del saqueo inglés en el Paraguay de la posguerra). Ediciones Cerro Corá, Asunción.

Max Ynsfran, Pablo (1954). La expedición norteamericana contra el Paraguay, 1858-1859. Editorial Guaranía, México, T. I.

Medina Castro, Manuel (1974). Estados Unidos y América Latina,. Siglo XIX. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Miranda, Aníbal (1979). Apuntes sobre el desarrollo paraguayo, Universidad Católica, Asunción Paraguay, 1979, T. I.

O'Leary, Juan E. (1922). El libro de los héroes. Páginas históricas de la guerra del Paraguay. Librería La Madrid, Asunción.

Oría, Jorge S. (1975). "La contienda de 1865 vista con ojos paraguayos", en La Nación, Buenos Aires, 4 de junio.

Pastor Benítez, Justo (1937). La vida solitaria del doctor José Gaspar Rodríguez de Francia, dictador del Paraguay. Editorial El Ateneo, Buenos Aires.

Pastore, Carlos (1972). La lucha por la tierra en el Paraguay. Editorial Antequera, Montevideo.

Philip, Raine (1965). Paraguay. New Brunswick.

Rebollo Paz, León (1968). "La guerra del Paraguay", en La Nación, Buenos Aires, 6 de octubre.